

Las emociones medievales: el amor, el miedo y la muerte

Medieval emotions: love, fear and death

María Luisa Bueno Domínguez
Universidad Autónoma de Madrid

Recibido: 30.12.2014
Aceptado: 30.04.2015

RESUMEN

Se puede apreciar en el trabajo realizado que hay un apoyo muy grande en los textos literarios medievales sin apartarme de la documentación. La justificación de este empleo se debe a que así como los documentos nos aportan datos concretos históricos, los textos literarios hacen más fuerza en las personas, en los hombres y mujeres, pero más aún, nos dan a conocer sentimientos que nos acercan, en muchos casos, a situaciones en las que podemos sentirnos reflejados en la actualidad.

PALABRAS CLAVE: Edad Media, amor, pasión, miedos, muerte

ABSTRACT

It can be appreciated the constant resort to the medieval literary texts in this work, without leaving aside the supporting documentation. The justification of this methodology comes from the fact that just as the documents give us historical concrete data, the literary texts lean more strongly on people, men and women, but even more, they give us an insight on the feelings which often set us on the verge of situations in which we can feel ourselves mirrored in the present time.

KEY WORDS: Middle Ages, love, passion, fears, death

1. EL AMOR

¿Podríamos considerar que el sentimiento del amor debería ser la meta más grande a la que el ser humano puede aspirar? Sí, desde el punto de vista de la emoción, porque intensifica la vida interior y es un camino apropiado para luchar contra el vacío de la soledad que crea perturbación en el ser humano¹.

Los conceptos que se vierten sobre el amor manifiestan este sentimiento de forma muy diferente, pero lo que subyace en todas las definiciones es esa situación que produce el

1 V. E. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder, 1991.

amor y que no puede concretarse: “se origina en las gentes por un ardor que proviene de la mirada apasionada y que les impulsa a abrazarse, y satisfacerse carnalmente”².

Es evidente que el amor es creador de emociones ambivalentes desde el momento que crea estados de ánimo muy diferentes e incontrolables, y es, quizá, por lo que se consideraba el amor como una *enfermedad*, lo que tiene gran sentido. Es enfermedad desde el momento que origina obsesión y pensamiento único. He de señalar que este sentimiento entre dos personas no es único entre el hombre y la mujer sino que puede darse y se dio entre personas del mismo sexo.

Desde el momento en que el amor se concibe como una enfermedad que puede producir una emoción de angustia e intranquilidad, los consejos, como en cualquier otro aspecto de una enfermedad, se centran en poner los medios para evitarlo, para no enfermar y no perderse: “Si aún puedes vivir bastante como para verte libre de Amor, lograrás el tiempo perdido que ya no podrás recobrar ¡Eso si logras liberarte!”³.

No es menos cierto que el amor, como la enfermedad, es incontrolable en cuanto a su aparición, y podemos sufrir unas emociones que nos permitan vivir en un goce de su crecimiento pero que paulatinamente nos lleve a la muerte; a fin de cuentas, es una ley natural, impuesta por las personas, motivo por el que está sujeta a los quebrantamientos o al placer según aquellas dispongan: “Amor va trasegando los lugares y luego se retira, porque no quiere otro huésped ni hospedaje, y prueba su valor abandonando y despreciando los lugares conquistados una vez que se han entregado”⁴.

Dentro de las emociones que crea el amor se puede mencionar un estado de intranquilidad, de inestabilidad que produce este sentimiento. La inestabilidad lleva aparejada una característica que tiene que ver con el capricho y que hace de aquellos que lo sienten personas ¿insustituibles? que se reconocen y a la vez se evitan, como si no fueran necesarios, cuando en realidad lo que prima en cada uno de ellos es la certeza sentida de que lo que sienten es para aquel o aquella y no para otro/a.

Sí, todo esto puede producir la enfermedad del amor que trastoca la mente, pero también el amor es un gran prodigio que engrandece el corazón de aquel que ama⁵.

El amor crea unas emociones donde la dicha, el dolor y la tristeza están unidos a la naturaleza de este sentimiento. La cuestión que habría que plantearse es si el amor, tal y como lo concebimos, entra más dentro de un concepto, de una realidad. Así, partiendo de un hecho, y es que definiciones no caben a la hora de hablar del amor, se pueden esbozar algunas características que parecen haber preocupado a los intelectuales que vivieron en la Edad Media.

La implicación amorosa, de alguna manera, produce la sensación a los que están enamorados de estar *alimentados espiritualmente*, reconfortados, alegres, leales y muy alejados de la avaricia y del egoísmo, porque el amor suele proporcionar a los que lo sienten una gran dosis de desprendimiento.

El amor, bien podríamos decir, aporta un estado especial, único e indescifrable que se crea dentro del individuo que lo quiere mantener y guardar dentro de él: su percepción de la vida es otra. Las emociones son variadas porque el amor crea insatisfacción y, al mismo tiempo, plenitud interior.

Por lo tanto, una realidad indiscutible es que en el amor se crean emociones ambivalentes que provocan ansiedad, alegría por tener cerca a la persona amada.

2 J. de Meun, *El libro de la rosa*, Madrid, Siruela, 1986, p. 84 (vv. 4346-4437).

3 *Ibidem*, p. 85 (vv. 4570-4598).

4 C. de Troyes, *El caballero del León*, Madrid, Siruela, 1986, p. 23 (vv. 1329-1385).

5 G. B. Von Strassburg, *Tristán e Isolda*, Madrid, Siruela, 1967, p. 157.

Tengo en el corazón tanto amor,
tanto gozo y dulzura.
que el hielo me parece flor
y la nieve, hierba⁶.

En la Edad Media a este sentimiento del amor se le asignan dos momentos: el buen tiempo y la noche. Con respecto al buen tiempo, este se centra en la primavera, lo que tiene su sentido. ¿No es acaso la estación que reúne los elementos que no sólo despiertan y alteran el paisaje sino a todos los seres vivos? Por lo tanto todo lo que en la primavera se produce, el reverdecer de los árboles y el canto de los pájaros, es un marco referencial que sirve a los enamorados para revivir sus sentimientos cuando se encuentran en contacto con la naturaleza. Colores, olores, sonidos, todo ello constituye la memoria, son los recordatorios de los momentos espléndidos vividos en el amor y que crean una emoción que perdura en el recuerdo y, en cierto modo, se revive en la primavera:

A nuestro amor le ocurre igual
que a la rama del blanco espino,
que aterida está sobre el árbol,
de noche, bajo la lluvia helada,
hasta que al otro día el sol se extiende
por el verde follaje y los ramos⁷.

Ese dulce mes de mayo, en el que el sueño es suave y reparador, donde se perciben los olores iniciales de la primavera es, sin embargo, época donde los espíritus se sienten agitados. Es evidente que el sol lo endulza todo, ensancha el ánimo, es el tiempo cálido que envuelve no sólo el entorno sino que esta calidez se hace más perceptiva en los sentimientos. Todo es alegre y brillante en el exterior, es la época en que las personas requieren, desean sentir esa calidez y están más abiertas para recibirla. Todo en la primavera invita al amor a lo positivo.

Así como la primavera es la estación del amor también hay un momento idóneo: la noche. Nos podríamos preguntar por qué la noche, sobre todo, en estos momentos que todo se hace ante los demás. La noche es la gran aliada de la intimidad, de la comunicación de dos, es el momento propicio del silencio, de la soledad para que las dos personas entren a formar parte el uno del otro: “Espera, a la hora en que las sombras de la noche sean oscuras mi visita, pues para mí la noche es el mejor medio para guardar el secreto”⁸.

La noche lleva aparejada la discreción, ahondando la intimidad sin desgarrar, con excesiva luz, los gestos, las miradas. La noche, aliada del tacto y de las sensaciones. ¡La noche! Momento en el que la oscuridad se hace amiga de los que se aman, permitiéndoles ser lo que quieren ser. ¡Ambivalente oscuridad!, oculta y deja mostrar.

El amor es y suele ser *generoso*, lo que implica que en este sentimiento no caben la avaricia ni el poder, porque la imposición de uno sobre el otro es someter a la esclavitud al ser amado. El ser que ama tiene una actitud generosa hacia quien ama y que se resumiría en una sola palabra: dar.

Los enamorados, los de verdad, dan de lo suyo generosamente, nunca piensan en *recibir*, dan porque tienen, y ya en este *dar*, en principio, se produce la felicidad. Esta actitud

6 C. Alvar, *Poesía de Trovadores, Trouvères y Minnsinger*, Madrid, Alianza, 1982, p. 123. El trovador es Bernard de Ventadorn.

7 *Ibidem*, p. 81. Fragmento del poema de G. de Aquitania, “Con la dulzura de la primavera”.

8 A. Arjona Castro, *La sexualidad en la España Musulmana*, Córdoba, Servicio de publicaciones de Córdoba, 1985, p. 23.

señalada es lo que hace enriquecer el amor y se contrapone a la de aquellos que sólo esperan beneficios.

Cuando los textos se refieren al amor se menciona la *lealtad-castidad*. Se indica con dos palabras una contención en los gestos aunque la mayor parte de las veces parece que puede entenderse como la fidelidad que se debe mantener en la relación, es decir, la permanencia con una sola mujer, con un solo hombre. Fidelidad que se entiende como necesaria para progresar en un sentimiento que es de dos; en la vida real medieval, nada más alejado de este pensamiento intelectual.

Es interesante la parte pasional del amor que incita a dos personas a encontrarse, a estar juntos, a desearse. Pasión, impulso fuera de las leyes humanas, espontáneo ingobernable, sin freno, se dice que no crea unos cimientos fuertes porque responde a un impulso. La pasión genera grandes emociones, algunas de las cuales pueden persistir en el tiempo y, con sólo recordarlas –aun con la ausencia del ser amado–, revivirlas y sentirlas con toda intensidad. Emociones intensas vivieron Abelardo y Eloísa, él las sublimó en el monasterio; no ocurría lo mismo con Eloísa. Porque ¿qué significado podría dársele a lo expresado por ella cuando, encerrada en el monasterio y apartada de él, le escribe: “Hasta en la solemnidad de la misa en la que la oración debe ser tan pura, estas licenciosas imágenes de voluptuosidad se adueñan de mí de tal forma, que me ocupa más su impureza que la oración”⁹.

Hay aquí una descripción perfecta de la pasión, de la voluptuosidad que vivió en su cuerpo y que se le representan en sus momentos de soledad. En ocasiones como esta, las emociones vividas y no desechadas sino deseadas, provocarían con toda seguridad en su mente imágenes nítidas de lo vivido y sentido en su gran pasión.

Este sentimiento incontrolable, apasionado, no crea un aislamiento de la persona que así siente, y, a través de la pasión, entra en actividad para decir, sentir, expresar todo el caudal de emoción que lleva dentro. En virtud de este impulso se desarrollan una serie de emociones. Como el ámbito de la sensualidad, donde la mirada arde al hacer el recorrido por el cuerpo del otro, recreándose en la observación, percibiendo los cuerpos. Es la profunda atracción, es como una luz que resplandece, ciega, porque la pasión no tiene ojos, ni miedo.

La pasión del amor nos lleva a un mundo superior, al de los implicados. Las personas que sienten esta atracción tienen su propio lenguaje que manifiestan de una forma concreta: es un lenguaje pasional, desafiante, y que, en definitiva, impone lo impulsivo, la pasión como algo claro y evidente; quemarse en las llamas de la pasión es atizar los “ardores de la carne” y las voluptuosidades, en definitiva¹⁰.

De todo lo dicho hasta el momento parece que en la Edad Media se establece una gran diferencia entre lo que es la pasión y el amor. La pasión vendría a ser un afecto al que el hombre se ve abocado sin percatarse de las motivaciones que le llevan a ello. El amor es un conjunto de situaciones, no sólo espontáneas, sino pensadas y elaboradas. El amor no sólo es felicidad porque también crea dolor, sufrimiento.

A la intensidad del amor corresponde una intensidad del dolor. Dolor causa amar a la persona que está lejana, amar lo imposible, amar en distintos lenguajes que impone la renuncia, como en el caso de Eloísa. En lo perdido, en la rememoración de lo vivido, Eloísa acrecienta en ella el deseo de volver a sentir el amor. Pero, sobre todo, magnifica el recuerdo de lo pasado. Hasta tal punto rememora sus sensaciones físicas que, leyendo sus manifestaciones con calma, se tiene la sensación de que ella, al recordar lo que sintió

9 C. Riera y P. Zumthor, *Cartas de Abelardo y Heloisa*, Barcelona, Editor José J. de Olañeta, 1982, p. 121.

10 *Ibidem*, p. 121.

y vivió con Abelardo, en su monasterio, en la ausencia del ser amado, las vivía de nuevo y con toda intensidad, no sólo en su mente sino también en su cuerpo.

La voluptuosidad va más allá, llena el pensamiento y no sólo no deja descansar, sino que cuestiona la propia vida del que la padece. Cuando Abelardo siente la atracción hacia Eloísa, hacia la mujer, se sorprende porque aprecia cómo su forma de vida, la continencia que hasta ese momento lo acomodaba, ya no le satisface. Nota que esa mesura que a manera de bridas tiraba de él hacia una vida casta afloja su “tiranía” y lo que es más preocupante para él, comienza a ser consciente de lo que empieza a sentir ante la mujer, Eloísa, que le hace olvidar o relativizar sus estudios y “sabidurías”. Ella, refugiada en su monasterio con todas las emociones voluptuosas, no se arrepiente de lo que vivió y sintió, sino que se lamenta por no poder vivirlas de nuevo. Porque en definitiva, aquel que ha sentido ese encuentro apasionado, que lo ha vivido, tiene que admitir con toda sinceridad que ser dueño del corazón, en el sentido de dominar lo que se siente, es difícil, si no imposible:

De nada somos menos dueños que de nuestro corazón, y en vez de encontrar la fuerza necesaria para mandar en él nos vemos obligados a obedecerle. Por eso, cuando sus afectos nos hostigan, no hay nadie que pueda contener los asaltos de los mismos, pues son tan imprevistos que, cuanto más rápidos son esos transportes del alma, más fácilmente se exteriorizan en la realidad y se les da libre curso al hablar¹¹.

¡Difícil vivir con esta vehemencia! ¡Difícil disimularla! El contacto de dos personas, en este caso hombre y mujer, basado en la pasión es mucho, pero no lo es todo porque dentro del amor hay un término profundo: *compañero/a*. Dentro de este concepto hay varios aspectos importantes, y parece que en esta relación hay unas características muy concretas, como son la prudencia, la paciencia, la serenidad, la armonía. Con la paciencia se conquista, con la prudencia de cada uno se desarrolla la del contrario, con la serenidad se puede estar en uno mismo y con el otro en armonía. Es decir, estamos ante una relación basada en un equilibrio, lo que no quiere decir que no se desarrollen emociones, como pueda ser la ternura, que se reviste del cuidado hacia el otro y de una confianza que permite encontrar a quien se puede revelar no sólo los pensamientos, sino también “discutirle tu sentir”.

El amor expresado bajo este término de *compañero/a* implica la preocupación del uno para el otro; hay complicidad entre dos cuerpos, pero, sobre todo, la hay entre dos. El camino de la libertad entre dos personas. Los enamorados son amigos.

El amor expresado en el concepto de amistad podemos considerarlo como una forma de amor más profundo, según se deduce de los textos medievales leídos. Amor es amistad, ¡amistad! Concepto de amplio contenido porque genera responsabilidad, respeto, cuidado, ternura, afecto.

Es indudable que este tipo de amor desea el bien del otro; hay una confianza en lo que es cada uno de ellos, se cuida la relación y la emoción surgida de este tipo de amor, de unión, que también se dio en la Edad Media crea unas emociones como la serenidad, la tranquilidad y la carencia de la soledad, pues en esta relación siempre se desea el bien del otro. Es discreto, íntimo, prudente y leal. Cuando se ama, aquel que es el verdadero amigo toma el corazón del ser amado, no para robarlo, sino para cuidarlo: “El verdadero amigo coge el corazón de su amiga no para robarlo, sino para cuidarlo, y quienes lo roban son unos rufianes, que fingen ser nobles caballeros siendo unos hipócritas e impostores y se empeñan en quedarse con un corazón que nada les importa”¹².

11 R. Pernoud, *Eloísa y Abelardo*, Barcelona, Espasa Calpe, 1982, p.171.

12 C. de Troyes, *El cuento del Grial y sus continuaciones*, Madrid, Siruela, 1986, p. 180.

Porque evidentemente del amigo, en su sentido más profundo, se da todo sin tener nada, porque es un sentimiento que nace de la libertad y no de la imposición. Al menos parece que existía una alta valoración de la amistad, quizá en un sentido más profundo que hoy; la amistad es una forma de amar.

De lo grande a lo pequeño, de la intensidad impulsiva a la vivencia del amor entre dos. Voy delimitando el círculo sobre el amor, he pasado de la enfermedad al impulso, del impulso al amor sereno, donde el lenguaje no indica sólo la pasión, sino que refleja los secretos más íntimos y profundos del amor. Va así progresando este hacia un camino donde la intimidad se hace más profunda, intimidad en la que nadie tiene derecho a entrar, salvo los implicados, y en la que se hace mención a la discreción.

Es la discreción, la contención de palabras, de la contención en la expresión de este sentimiento, una especie de “castidad” entendida en la parquedad de las expresiones ante los demás. El amor que se vive entre dos y no con todos y ante todos, y que requiere de la soledad, de la fidelidad, que se opone a la indiscreción.

Piensa sin cesar en él y acuérdate de la dulce hora que tanto te tarda; y para que seas un leal enamorado, quiero y ordeno que tengas tu corazón en un solo lugar, de forma que no esté repartido, sino entero y sin engaños, pues no me gustan las divisiones. Quien tiene el corazón en varios sitios a la vez, siempre llevará la peor parte¹³.

Este estado de ánimo se manifiesta en las pocas palabras, incluso ser íntimo es ser discreto. Es una comunicación que se vive en dos y no en compañía, no sólo se alía con la noche, momento en que se provoca el máximo encuentro en intimidad, sino que los mayores aliados son los propios enamorados. Esa alianza lleva a sentir la necesidad de mantener y conservar el amor y esto, según los pensadores medievales, sólo se consigue por un camino: el deber cuidarse a uno mismo (ese es el camino que afianza el amor, que da seguridad). “El amor no debe ser limitado por el dominio. Cuando aparece el dominio, el dios del Amor despliega sus alas, y, en una abrir y cerrar de ojos, desaparece. El amor es una cosa tan libre como el espíritu¹⁴”.

Indudablemente esto debería ser así, pero ocurre que con la característica que he señalado para el amor de sentimiento ambivalente, el enamorado, el que siente ese amor, en el fondo, de alguna manera, queda esclavizado a dicho amor.

2. EL MIEDO

Podemos definir el miedo como el temor que surge cuando algo concreto y definido, externo a nuestro ser, nos hace sentir amenaza, no sólo por nuestra vida sino también por la de nuestros seres queridos.

La sociedad medieval está más que sometida, inmersa bajo los ojos de Dios. Dios está presente en todo, juzga lo que se hace, lo que se piensa, lo que se dice y lo que se va a hacer. Parece haberse impuesto una vigilancia perpetua de Dios por medio de los hombres de Iglesia que no sólo imponen a todos ese dogma, sino que creen firmemente en ello. Dios vigila y ante todos se abre un camino en donde los hombres están bajo su mirada, la del Juez Supremo, ante el peligro eminente del pecado, ese pecado que fácilmente les lleva a la perdición, en definitiva, a la condenación. Esto es lo que yo llamo “tiempos de Dios”. Lo

13 J. de Meun, *El libro de...*, p. 40 (vv. 2213-2286).

14 G. Chaucer, “El cuento del terrateniente”, en *Los cuentos de Canterbury*, Madrid, Cátedra, 1991, p. 335.

son porque hasta el siglo XIII parece que en los discursos de los hombres de Iglesia sólo ha existido un verdadero camino, un excelso camino de felicidad, que es el que sitúa a las personas en una continua búsqueda de perfección, que comporta, por encima de todo, una renuncia a todo lo mundano. En ese mundo de perfección el camino es durísimo, ya que el hombre que ha decidido estar bajo la mirada benigna de Dios debe evitar adquirir deseo y pasar múltiples obstáculos. No se llega a Dios de cualquier manera. Para recorrer esta senda se exigen muchas renunciaciones a cosas gozosas, todos los placeres negados, eliminados, todo eso disipa de Dios: "Perfección que estrechas son las pasarelas que a ti conducen y que arduos tus caminos"¹⁵.

Para los hombres de Dios lo emprendido se justifica porque, en definitiva, el paso por la tierra es efímero. El tiempo que nos ha sido concedido para vivir debe ser aprovechado. ¿De qué manera? Ocupando el lugar que se nos ha asignado. Pero cualquiera que sea el objetivo, el camino asignado es sólo uno: dar gusto a Dios. Lo lograrán haciendo un camino lleno de escollos y dificultades, con el único objetivo de llegar a Dios, en lo que a veces se pudo plantear una duda: "Después de menospreciar el mundo entero, renunciar al amor de los parientes y Encerrarnos voluntariamente en la cárcel del monasterio"¹⁶.

1. El miedo que se crea hacia algo que se conoce pero a lo que es imposible hacer frente. Este conocimiento de lo conocido y que no puede dominarse generó en las personas un terror profundo.

2. El miedo que causa la ignorancia y, que ante la falta de conocimientos se recurre para afrontarlo a una serie de caminos que propician la magia y hechos que se escapan de la vida real y de las normas de la Iglesia.

3. El miedo dirigido, ese miedo que desde los medios instruidos, en este caso la Iglesia, se va introduciendo entre las gentes, y que fundamentalmente se centra en el miedo al demonio que acecha por todas partes y que se mueve a lo largo de la Edad Media por medio de dos agentes muy claros: las mujeres y los judíos, desencadenándose contra ellos las acciones más violentas.

Del siglo V al XI. En este primer período, la sociedad medieval tiene una situación muy concreta. Su ámbito -me refiero en el mundo Occidental- está marcado por la penuria. Penuria en las ciudades, destrucción por todas partes con un predominio de lo natural. La ignorancia de las gentes es total y la creencia en fuerzas ajenas a la religión oficial son una realidad.

Del siglo XI en adelante. Es otra etapa la que se articula y está relacionada con la lenta recuperación. La fiebre constructora, la fiebre roturadora y el afán de conocer marcan las diferencias con respecto al primer momento. De tal manera que los miedos que se dan en una época u otra también difieren. Se podría decir que es cuando cobran dimensión algunos de los mayores terrores.

Vivir al límite de lo que nadie se puede explicar, vivir al límite de lo que se desconoce es vivir en el miedo. En el fondo las creencias muy desarrolladas en los aspectos mágicos tienen que ver con la falta de explicaciones o de conocimientos acerca de las cosas que sucedían; por ejemplo, ¿cómo explicarse la muerte repentina? ¿Cómo explicarse las luces

15 Gottfried von Strasburg en su obra *Tristán e Isolda* hace referencia al sentimiento del amor y cómo lo que no está en el camino correcto porque ofende a Dios es costoso y duro contenerlo. G. von Strassburg, *Tristán...*, p. 3. Se ha optado por conservar la forma ortográfica y gramatical del texto original.

16 Este fragmento pertenece a la carta 385 de san Bernardo que hace un recorrido muy claro por la dureza de la vida monacal y nos transmite la estrechez de la senda que conduce hasta Dios, donde el pensamiento fundamental es apetecer los bienes espirituales por encima de los materiales: "Vergüenza nos debe causar vernos menos ávidos de los bienes espirituales".

que a veces salían de las aguas o lo que se veía en la noche que brillaba? Sólo imaginando seres fantásticos. Este recurso justificaba todo a lo que no se llegaba con el simple conocimiento. De esta manera nos encontraremos ante el hecho de que las personas se sienten rodeadas de hadas, brujas, fantasmas, supersticiones que, en líneas generales, dominan sus vidas. Había muchas cosas que no se podían explicar, cosas tan sencillas como una depresión, esa enfermedad que sumía a las personas en la situación de desgana y que, según donde se enjuiciara, se le daba una u otra explicación. Nada se esclarecía mediante la razón, porque, con toda seguridad, la mayor parte de la gente no encontraba respuestas ante las dudas que podían sentir. Se pueden imaginar los temores que surgen de afrontar ciertos espacios que, siendo lejanos a los hombres, se muestran llenos de misterio. Sin lugar a dudas uno de esos medios plagados de misterio es la naturaleza, esa naturaleza de la que forma parte el hombre medieval y en la que se aprecia desde un sometimiento o dominio a un distanciamiento o temor hacia el espacio que les supera¹⁷.

A. El miedo que se ha transmitido. Dos jornadas son las que vive el hombre medieval de una forma diferente, el día y la noche. Por lo tanto, lo primero que debemos distinguir es un hecho: el hombre no se enfrenta de la misma forma con estos dos momentos; le atemoriza la noche, la noche le crea inseguridad. El miedo a la noche reúne aspectos reales e irreales, como siempre lo real y lo imaginado mezclado, al igual que lo sagrado y lo profano. La noche es ese momento donde las gentes de mal vivir hacen sus fechorías. En ella se esconden los ladrones, las violencias, la propia oscuridad, crea ansiedad y soledad. Pero también hay mucho de ficción en ese miedo, desde el momento en que a la noche se la representa como el dominio fundamental del diablo.

El día es el momento abierto, el momento del trabajo y el momento en que todos se ven. La noche es el ámbito de lo maléfico, de la aparición de los espectros, del demonio y cuando se cometen las peores acciones.

Una noche, dentro del plazo fijado, estaba Bertoldo durmiendo en su cama, cuando de repente, se produjo alrededor de la casa un ruido tan grande de árboles y un fragor tan violento del aire que hasta los animales se espantaron y apenas sí podían mantenerse sujetos por las riendas en el interior del establo¹⁸.

La llegada de la noche se anuncia muy descriptivamente en las obras literarias: “A estas horas el sol había terminado su recorrido diario por el cielo y estaba a punto de ocultarse. No podía permanecer más tiempo por encima del horizonte en aquella latitud. La noche extendió su áspero manto oscuro sobre el hemisferio”¹⁹.

La noche es el momento de tentaciones, de emociones negativas; se reflejan en los monasterios donde los monjes cantan en las primeras horas de la mañana el salmo que celebra el triunfo sobre la oscuridad. En sus dormitorios, las lámparas arden constantemente para que no reinen las tinieblas y que el demonio no tente a los monjes, pues en la noche se esconden todos los enemigos del hombre.

La oscuridad permite esconder las acciones. Esto también lo sabían los campesinos de Toro que, a mediados del siglo XIII, quisieron escapar de los recaudadores de diezmos sobre sus tierras y huir de esos eclesiásticos temibles y odiados. Se les odia tanto que se oponen abiertamente a ellos y los maltratan hasta herirles. Aparte de estas violencias los campesinos de Toro, teniendo la noche como gran aliada, como el único momento de

17 M. Mollat, *Pobres, humildes y marginados en la Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

18 C. de Heisterbach, *Diálogos de Milagros. Quinta Distinción: de la Contrición*, Zamora, Monte Casnio, 1998, p. 143.

19 G. Chaucer, “El cuento del mercader”, en *Los Cuentos de...*, p. 298.

amparo para escapar de los recaudadores eclesiásticos, salían de sus casas sin hacer apenas ruido, silenciosos, con una idea en sus cabezas: recoger su cosecha sin testigos, a oscuras. ¿Toda la cosecha? No, no toda, sino una parte para esconderla, una parte que quedará a salvo de los recaudadores al día siguiente²⁰.

La noche era el momento preferido para las grandes “banderías” de jóvenes, noctámbulos y juerguistas que, por otra parte, eran excesivamente violentos. Blasfeman, insultan, apedrean casas y ventanas y todo lo que les sale al paso, son jóvenes que se hacen fuertes en grupo. Todos esos desmanes se producen en momentos muy concretos, en las grandes fiestas que prolongan sus diversiones al ámbito nocturno. Puesto que la noche es peligrosa, todas las ciudades, participando de este temor, tienen su toque de queda y, desde el momento en que la noche cae, se cierran sus puertas. Nadie que no lleve una luz puede deambular por la calle, todos son sospechosos de cometer algún mal. La noche, en realidad, es la antesala ¿de la muerte?; más bien del infierno.

Las guerras, las sediciones, los tumultos, son aspectos importantes de los miedos medievales, vividos con harta frecuencia.

En la ciudad se vive el miedo, pero no nos engañemos, en la ciudad la mayor parte de los ciudadanos van armados porque casi todos temen sufrir agresiones más o menos violentas, por eso hay que defenderse y para ello sirve todo: palos, cuchillos, espadas... en definitiva, armas defensivas y ofensivas, y la mejor forma de luchar contra esto es la imposición de unas multas altas. “Homne que amenazar a otro con armas, peche un marevedí, e se lo correr con armas e lo firmaren, peche XXX sueldos”²¹.

El rumor que se deja correr sirve para crear un miedo ante un “presunto” hecho que se anuncia que va a ocurrir, creando en el ámbito urbano la inestabilidad emocional. Estos propagadores de rumores tienen claro su objetivo: crear en la ciudad una tensión que dé al traste con la situación de estabilidad. Crea, pues, inestabilidad, malestar; el simple hecho de anunciar una revuelta perturba la vida urbana. Así ocurría cuando se dejaba correr el rumor de que se iba a producir una subida de los precios o de los tributos. Estos rumores, además de crear miedo y angustia, desequilibran la vida cotidiana. La gente se altera, desconfía de todo y de todos y empieza a sembrarse el germen que acaba con la estabilidad de la ciudad. Estos dos elementos, hombres preparados para propagar falsos rumores y hombres armados, conducen a situaciones de suma violencia y miedo porque, en general, cualquier tumulto en la ciudad provoca muertes, ruina, odio y unas consecuencias terribles para los vecinos. La ciudad pierde su estabilidad por muchos motivos.

B. El miedo dirigido tiene una importancia decisiva en la Edad Media, y es aquel que se produce a través de las instituciones, de las que sin lugar a dudas la Iglesia es la más influyente. Los procedimientos que emplea para castigar y amedrentar son muy eficaces, a través de la excomunión y el interdicto. Sin embargo este aspecto, con ser muy eficaz, no invalida otros procedimientos, mucho más duros, más efectivos, en cuanto a la provocación del miedo colectivo. En este sentido es indudable que hay una serie de predicadores que cobran protagonismo desde el siglo XIV y que logran influir en la sociedad por dos vías: por una parte, la persecución de la herejía y, por otra, el miedo que se crea a través de las predicaciones medievales.

20 El rey don Alfonso X sale al paso de estas actuaciones en el año 1255 y determina que para que no se dañe a la Iglesia, destinataria del diezmo, la cosecha debe recogerse bajo unas pautas que pasan por el toque de campana tres veces y los recaudadores con todas las garantías de que nadie va a hacerles huir ni a engañar a los recaudadores. Archivo de la Catedral de Zamora, legajo 9, doc. 10a.

21 J. Majada Neila, *Fuero de Zamora*, artículo 15, “De quien amenaza a otro con armas”.

Pero la represión de la herejía, la sospecha de su existencia despliega a partir del siglo XIII una actividad por parte de la Iglesia que causa un miedo colectivo en el ámbito donde se trata de investigar, de conocer, de descubrir la realidad.

El miedo empieza a dominar desde el momento en que se anunciaba la llegada de un inquisidor a una ciudad. El común de las gentes sabía que desde que llegase hasta que se fuera vivirían aterrados. Las casas donde moraban las gentes medievales que, como hemos señalado, son el ámbito privado por excelencia, dejan de serlo, porque en ellas el inquisidor puede entrar sin permiso, es más, entraría con toda seguridad. ¿En las casas sólo? No, también en las iglesias de la ciudad; esos lugares de protección para los perseguidos, de seguridad, cuando llegaba un inquisidor dejaban de serlo, porque este entraría en ellas para buscar a los sospechosos que podían haberse refugiado dentro. Días terribles para todos. El inquisidor está en la ciudad, y todos saben que sus pasos están medidos, se diría que nadie se atreve a moverse. Todos saben dónde se aloja, en el palacio episcopal si lo hay y, si no, en la mejor casa. La presencia del inquisidor se masca en el aire.

Lo primero que se experimenta en la ciudad es un cambio, la vida cotidiana se ha roto, lo que domina en los vecinos es la idea de que la vida puede acabarse en cualquier momento. Terror colectivo, nadie está a salvo, porque todos pueden ser herejes, todos pueden caer bajo esa sospecha. El terror aumentará cuando sean llamados a una reunión que el obispo convoca, y escuchen un sermón terrible donde el miedo se acrecienta porque desde ese momento todos se sienten culpables.

Cuando las personas sienten o intuyen que algo nefasto se cierne sobre ellos, que sus vidas están en peligro, se empieza a padecer el miedo, la angustia, ya no puede saberse si se les acusará de herejes, el miedo les hace olvidar sus comportamientos pasados. El terror se basaría en la incertidumbre angustiada, que se produce cuando no se tiene la garantía, la seguridad, de que un enemigo, dominado por el odio, pueda ser el acusador.

El terror va más allá cuando el inquisidor hace entender que todos tienen derecho a la gracia, un frío paralizante recorre a todos los asistentes a la reunión, porque saben que el derecho de gracia es sólo para aquellos que acusen. Dominados por el terror, en las mentes se representan los posibles delatores que, acusando a inocentes, salvan sus vidas; también se escenifican imágenes de hogueras. En definitiva, mentalmente se piensa en la muerte; la angustia se crea en la imaginación de la gente.

El remordimiento del acusador no existe porque, por encima de la acción, el deseo de sobrevivir es más fuerte que el sentimiento de acusar sin pruebas, es necesario estar a bien con el poder en esos momentos, el poder es el inquisidor. En todas las ciudades hay esos “espías” que parecen vivir vigilando al vecino, sopesando sus actos, sus gestos, sus dichos. No hay espacios donde los sospechosos puedan esconderse, todos acaban localizados. Miedo colectivo es el que se siente ante esto y ante la posibilidad de ser llamado a prestar testimonio. Noches en vela, de miedo, pensando en lo horrible de los interrogatorios.

Decían las normativas de las ciudades que los castigos caerían sobre aquellos que infringiesen humillaciones a otros. Esto no rige en el caso de la herejía, porque los acusados, en el mejor de los casos, llevaban signos de infamia en sus ropas, cruces amarillas o rojas cosidas a su espalda y pecho, y eran azotados cada domingo en las puertas de la iglesia, entre la lectura de la Epístola y el Evangelio. Vigilados constantemente, mueren cada día. Todo esto conduce a la pérdida de la dignidad humana.

C. Los sermones. Si hay un medio más directo de entrar en contacto con el miedo dirigido, sin lugar a dudas, es a través de los grandes sermones, en los que priman tres aspectos fundamentales: en primer lugar, se quieren corregir los males que asolan a la sociedad

siempre desde el punto de vista eclesiástico o religioso, por otra parte se pretende castigar y, en tercer lugar, se intenta erradicar todo lo que se oponga a la moral²².

Los predicadores no se introducen en los ámbitos cortesanos, no: su medio es el popular, entre el común de las gentes sencillas, aunque lo que dicen, con lo que hablan, ataquen a todos sin excepción, ricos y pobres. Cuando un predicador llegaba a una ciudad modifica la vida, trastoca el ritmo de la ciudad. ¿En qué sentido? Pues por ejemplo, suelen cerrarse las tiendas y se dice que cesan todas las actividades. El predicador tiene que presentarse con su mejor aspecto, trata de impresionar con sus hábitos de pobreza, con su miseria, ya que eso es lo que gusta al pueblo. En los sermones medievales, en general, se juega siempre con el temor a Dios y, desde el siglo XII, se hace hincapié en el juicio final, se pretende despertar las conciencias provocando el miedo, si no se apean de su vida pecaminosa. En líneas generales los predicadores son escuchados por gente que carece de cultura y quizá por este motivo se emplea un lenguaje que pueda ser entendido por todos, porque nada debe quedar sin ser asimilado. Los lugares donde se predica están bastante alejados de los ámbitos nobles, e incluso, de los recintos sagrados. La predicación está dentro de los más puros recintos profanos, en la plaza pública en aquellas ciudades que las tienen y, si son de grandes proporciones, en los mercados. Los núcleos de mayor contacto con el común de las ciudades, esos son los lugares donde se hace la predicación y allí se desgranaban uno por uno los pecados más graves que tiene la sociedad. La lujuria, las vanidades, la gula, pero especialmente yo diría que son los dos primeros los que llenan el sermón. Y ante él, ante el predicador, están todos aquellos que cometen esos pecados, que se sienten aludidos, que lloran, que se disciplinan si es necesario. En esa plaza o en el mercado el predicador deja salir por su boca todos aquellos pecados que atentan contra Dios. Las gentes están habituadas a acudir a los sanadores, a los adivinos para solucionar sus problemas. Esto es un pecado, hay que acabar con todas estas prácticas, y deben recordar que sólo acudiendo a la iglesia el hombre encuentra remedios para sus males; los que practican estas actividades no son gente grata, cometen pecado contra Dios y la condenación les espera con los terribles tormentos del infierno.

Todos se sienten aludidos cuando el predicador menciona las blasfemias, las obscenidades y el olvido de practicar las fiestas de guardar; sí, todos saben que se pasan demasiado tiempo en las tabernas, que se han jugado en ellas apostando a los dados; todos saben las palabrotas que se han dicho contra Dios y el prójimo. En las tabernas no está Dios sino el diablo. Esos mismos hombres están poseídos por la lujuria, incluso algunos de ellos se sorprenden cuando el predicador menciona como terrible pecado contra natura lo que con cierta frecuencia han hecho. La taberna es un lugar maligno, en ella no sólo están los seglares porque se sabe que con frecuencia acuden allí los eclesiásticos que forman parte de la misma obscenidad y pecados que los laicos. Nadie se salva porque en las ciudades los privilegiados “viven como cerdos, sólo piensan en comer y beber y fornicar”²³. Bien, ya se han denunciado los males de la sociedad, pero una vez hecho esto hay que aterrorizar con los castigos que les esperan a todos si no cambian de actitud. Lo primero será meter el miedo hacia Dios, se habla de Él y se transmite la imagen de un Dios colérico; su cólera se pondrá de manifiesto por la serie de calamidades que se abatirán sobre todos: el hambre, la peste, las guerras, las terribles enfermedades, estas son las manifestaciones del Dios

22 R. Narbona, *Pueblo, Poder y Sexo en la Valencia Medieval (1306- 1470)*, Valencia, Diputación provincial de Valencia, 1992. Hace referencia a San Vicente Ferrer (1350-1419).

23 J. de Enzina, Esto queda reflejado en algunas canciones medievales como en esta que dice “hoy bebamos y comamos que mañana ayunaremos”, lo que indica el talante y la forma de vida en los años centrales del siglo XV.

colérico. Y se aterroriza con las atrocidades que tendrán lugar en el infierno. Las enseñanzas sobre estas atrocidades quedan impresas en los tímpanos de las catedrales, donde los condenados son representados en terribles suplicios que reciben de los demonios.

3. LA MUERTE

La importancia de las emociones que crea la muerte se puede percibir en la gran cantidad de literatura y música que se ha escrito sobre este acontecimiento verdadero, universal y que a todos nos llega. Es la visita cierta y donde se puede apreciar que no todos los seres humanos tienen una misma actitud ante ella²⁴. Para Ernest Becquer el mundo es aterrador y la madre naturaleza es cruel, a la que el autor define como “brutal ramera” que destruye. Lo más terrible es que “vivimos en una creación en que una actividad rutinaria es descuartizar a los otros con los dientes”. Según este autor:

- La motivación básica de comportamiento humano es la necesidad biológica de controlar la ansiedad: negar la muerte, defender la inmortalidad.
- El terror a la muerte, que existe, lo mantenemos inconsciente.
- En realidad la raíz del mal no se debe a la naturaleza, ni a los humanos, sino que responde a una realidad: negar nuestra mortalidad.

Así encontramos posturas o pensamientos que ante la realidad de la muerte ponen de manifiesto que esta sucede en contra de la voluntad, y tratan de paliar esa emoción del hecho, cierto e ineludible creando dentro de ellos, contra la angustia y la ansiedad, la idea de que lo que desaparece de la vista es el cuerpo mortal, lo que en definitiva quiere decir “desaparecemos de vuestra vista pero permanecemos entre vosotros”; de alguna manera permanece entre los vivos aunque estos no perciban su presencia. Es la vana ilusión de que se permanece, se sigue en el mundo, no se es mortal.

Pero la muerte lleva acarreada una gran dosis de terror, a la que generalmente nadie se enfrenta voluntariamente; sólo aquellos que van hacia ella y la encarar pueden ser considerados como héroes y, quizá, en ese enfrentamiento con la misma, se provoca una especie de pasión donde este hecho, enfrentarse, no pasa por la razón. Pero esta actitud demuestra al resto de la sociedad la incapacidad de enfrentarse con lo que se quiere evitar y no se quiere pensar.

Frente a esta realidad expresada, la postura del cristiano que cree en la vida eterna, y que dándose cuenta de los años que tiene empieza a pensar en el final de sus días, repasa su vida y siente la emoción tranquila y serena de que podrá alcanzar ese momento de descanso eterno, lleno de paz y dicha. Esto crea una serenidad muy grande. No hay pesimismo porque, en esa actitud cristiana, el miedo se ve sólo modificado por la creencia en esa otra vida eterna que se obtiene con la buena práctica:

No soy verdaderamente tan apasionado de la vida, sea porque ya he vivido bastante para mi gusto, he entrado ya en los cincuenta y un años, sea porque no veo en esta vida nada tan magnífico o tan agradable que compense el perseguirlo, para aquel a quien la fe cristiana ha enseñado a crear verdaderamente que a aquellos que han practicado aquí la piedad en la medida de sus fuerzas les espera una vida mucho más feliz. Con todo, me placería a la sazón volverme un poco más joven, pero porque veo llegar una edad de oro, por decirlo así, en el porvenir inmediato²⁵.

24 E. Becquer, *La negación de la muerte*, Barcelona, Kairos, 2000.

25 J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, p. 52.

Sin embargo, hay momentos en que los sufrimientos que crea la propia vida y lo que se percibe de ella provocan una ansiedad para que la muerte acuda pronto para alejarle de una vida que le crea “angustia”:

Quisiera desaparecer ahora mismo, pues me declaro derrotado por el desánimo y la tormenta. Aunque temo que no me encuentre tan preparado como afectado. Me había vivido, y no sé si me conviene morir. Mis anhelos están sin duda muy lejos de los santos, ya que en ellos surgen por el deseo de lo mejor y a mí me impulsan a la muerte los escándalos y pesadumbres²⁶.

Es el propio san Bernardo el que es dueño de esta emoción. En ese momento, en su vida hay hastío, desánimo, y el descanso que pide no se reviste de un deseo de eternidad, sino de liberación de los sufrimientos. Es el disgusto, la tristeza y el hastío lo que hace la muerte deseable.

El terror a la muerte, se produce en las grandes calamidades. Nos basta pensar en la famosa y destructiva peste de 1349, donde la sociedad, en su interior, tuvo la percepción de lo que veía: el aniquilamiento, sin paliativos.

Las personas se encontraron ante la voracidad de la muerte, cómo todo lo destruía, la rapidez con la que se producía, provocando una situación de ansiedad a toda la sociedad y esta ansiedad perturbó a las poblaciones que empezaron a sentir y a creer que la vida era un milagro, que no se programaba y quizá se llegó a comprender:

1. Que se vive en un suspiro, tan leve, que la mejor forma de entender la vida es saber que puede acontecer en un abrir y cerrar de ojos.
2. La pluralidad de los días y la división del tiempo son engañosas, porque la muerte dio a conocer la brevedad de la vida.
3. Las gentes medievales vivieron pestes, guerras, calamidades naturales, asesinatos, ejecuciones, muertes violentas; por enfermedad bastará con que recuerden sin mucho esfuerzo a todos los que estaban con ellos y los que ya no les acompañan para hacer efectivo el pensamiento y el sentir de que la muerte no permitirá que vivan en este mundo ni un solo instante: “se los llevó a ambos; todos nosotros debemos morir”²⁷.

Cuando se piensa en la muerte porque se sabe que no se puede evitar, el miedo produce una soledad alimentada por la ansiedad o la resignación.

John Clyn, monje en Kilkenny, Irlanda, pertenecía a los frailes menores y en su comunidad pudo contemplar con espanto cómo la muerte negra, el demonio y la peste se llevaban poco a poco a toda la comunidad. Sabía que este mal se extendía por todo el mundo y, contagiado por la peste y sintiendo esa gran soledad que le rodeaba, pensó lo necesario que era dejar un comentario sobre este momento de sufrimiento con un objetivo: dar a conocer lo que todas las personas estaban pasando, sufriendo y padeciendo, y que jamás se olvidara:

26 San Bernardo, *Carta 189*, BAC, V.VIII. Esta carta hay que insertarla en el contexto adecuado, esto es, en los enfrentamientos que mantuvo con Abelardo. Es importante porque además de lo que se ha escrito él llega más lejos y hace ver cómo en el deseo de muerte en los santos lo que prima es el anhelo por estar en Dios, mientras que en él, en ese momento, su deseo viene dado por su sensibilidad afectada, por su sentimiento.

27 G. Chaucer, “El cuento del erudito”, en *Los cuentos...*, p. 258. Este cuento hace referencia a Petrarca que, al parecer, murió de peste.

Estoy siendo testigo de notables hechos que jamás deberán ser olvidados en el transcurrir del tiempo por las nuevas generaciones. He sido testigo de grandes males que se extienden por todo el mundo, el mundo entero está afectado por el mal, mientras estoy esperando entre los muertos para que llegue el mío, he escrito sobre este pergamino lo visto. Para que la escritura permanezca más allá de los escritores, y para que esto se dé a conocer, en el caso de que alguien sobreviva²⁸.

1. Se teme morir fuera del entorno. Mueren los reyes en las guerras, mueren los caballeros en las batallas y torneos, lo que generalmente ocurre fuera de sus lugares. Esto crea una fuerte emoción de angustia, miedo, preocupación. Es verdad que sólo tenemos noticias de los que son ricos, ellos pueden decir lo que quieren que se haga con sus cuerpos y es evidente que todos, mueran donde mueran, desean volver a los lugares que dejaron, y no se reparará en gastos para llevar a cabo este traslado, denominado con mucho acierto “el último viaje”²⁹. El último viaje que en realidad es acercarse al lugar conocido, lo que deriva de la creencia de que, cerca de los suyos, el que se va no estará solo; es la idea de la pervivencia, del que muere, entre nosotros. Ser enterrados, en un lugar seguro, cerca de los suyos, elimina la soledad.

2. Sobrecogimiento. Terror y ansiedad producen ante la muerte repentina, la muerte súbita. La angustia, el miedo, lo produce el desconocimiento de las causas que se han dado para acabar de esa manera con una persona y este desconocimiento va afianzando las creencias de que, tras esa muerte, están unas fuerzas malignas, que ellos no pueden controlar, unas fuerzas que les aterrorizan. Pero realmente ¿qué es lo que se teme? Morir fulminado es morir sin haber tenido tiempo de confesarse e incluso sin haber podido arrepentirse. No ha habido tiempo para recibir los auxilios espirituales.

3. El suicidio, la desesperación, la angustia, ese estado que hace sentir al que así actúa, la “Nada”, el desaliento, el tedio, y que lleva al camino que se consideraba una aberración, lo es tanto y más cuando en la Edad Media el pensamiento más difundido y aceptado por todos es que el ser humano ha sido creado por Dios y debe cumplir su ciclo. El suicida es el que se mata, porque la vida es un suplicio, eso se le condena porque se ha eliminado, queriendo morir antes de tiempo, la vida le resulta nefasta y busca la muerte, como liberación “el que desampara de los bienes de este mundo e del otro aborreciendo su vida, e codiciando su muerte”³⁰.

No le importa morir condenado y maldecido, no piensa en cómo será enterrado, ni la vida eterna. Desea la muerte y odia su vida. El hombre desesperado es el que acaba con su vida. Alfonso X analizó las causas que llevan a esta desesperación: la locura producida por la pérdida de una determinada situación económica o porque se padezca una cruel enfermedad. Se podría añadir también la desesperación provocada por la depresión que vivían algunos conversos y monjes en los monasterios y que les llevaron a acabar con sus vidas³¹.

4. La agonía produce el miedo al sufrimiento; la soledad, miedo a no poder aliviar esa situación del que irremediamente va a morir. Esta situación va a generar una serie de actuaciones donde se mezcla lo religioso y lo profano, ambos conceptos unidos para conseguir los objetivos, diferenciados en cuanto a las formas que se emplean.

28 O. J. Benedictow, *La peste negra (1349-1353): la historia completa*, Madrid, Akal, 2011.

29 M. Labarge, *Viajeros medievales*, Madrid, Nerea, 2000, cap. XI.

30 Guance, Ariel, *Los discursos sobre la muerte en la Castilla Medieval (siglos VII- XV)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998, p. 367.

31 C. de Heisterbach, “Cuarta Distinción: de la tentación”, en *Diálogo de...* p. 311, V, I.

En la vida cotidiana las personas cumplían con todas las ceremonias que la Iglesia oficiaba, pero al margen de estas se producían acciones que se alejaban de las normas religiosas en cuanto al deseo de facilitar la muerte.

Lo importante y esencial, lo que se desea es que los que se encuentran en el trance de abandonar la vida lo hagan con rapidez, que el alma no tenga obstáculos para salir del cuerpo. La angustia que se crea, ante los presentes, evidencia la creencia de un hecho: la lucha del alma que quiere salir del cuerpo y no puede, lo que impide que se alcance la paz. En muchas de las noticias que se nos han transmitido, en milagros donde se produce un diálogo con personas muertas suele preguntarse por este momento angustioso y la respuesta es: “En la agonía me parecía que todo el mundo era una gran piedra que oprimía mi pecho”³².

Lo primero que la gente desea y pide es que los que les abandonan, los que dejan el mundo de los vivos descansen en paz, porque no es fácil abandonar la vida. Con gran unción se emite el deseo de que esto ocurra en las palabras *Requiescat in pace*, fórmula casi mágica, una especie de conjuración que propicia que el alma se desvincule del mundo de los vivos³³.

Es evidente que todo lo que se hace con respecto a los muertos y las facilidades que se buscan para que alcancen la paz refleja un hecho muy claro: el deseo de que el que muere no sufra, no luche y esto lleva a actuaciones muy pintorescas e ingenuas, pero siempre con el objetivo de facilitar la paz. Entre estas acciones podemos señalar las actuaciones religiosas de las que no lo son; ambas pretenden lo mismo, que el alma se libere fácilmente. Dentro de las religiosas, encontramos el agua bendita, las oraciones, que son los medios idóneos para liberar el alma que ansía salir del cuerpo y no puede, porque el cuerpo se lo impide.

Frente a estas actuaciones de carácter religioso están las populares y que tienen el mismo objetivo: dar facilidades al alma. Para eso había que eliminar los obstáculos que se cruzaban en el camino, cambiar una mesa de posición podía bastar en algunas ocasiones; en otras, quitar una teja para que el alma pudiera escapar. En realidad, tanto en lo religioso como en lo profano la intención es colaborar con el muerto y evitar la agonía.

Gran respeto y temor hacia los muertos que llevan a extremar los cuidados que deben prestarles. Aquí prima la idea y el temor que crean los muertos, estos pueden ser peligrosos, las personas deben celebrar ceremonias y actividades, con un solo objetivo: que el muerto se sienta satisfecho con el tratamiento que se le da, que no sienta que está solo.

En este sentido cobran importancia los ritos y las actuaciones con respecto a este acontecimiento que angustia. Ante una enfermedad lo primero es confiar en el médico, hasta el momento en que se es consciente de que, con sus conocimientos, ya no puede hacerse nada. La naturaleza habría perdido su imperio, y donde la naturaleza no quiere trabajar, lo único que se puede hacer es despedir al médico y llevarse al hombre a la iglesia³⁴.

Quiere decir esto que ha llegado el momento de la Iglesia, el momento de prestar los auxilios espirituales, la confesión y la comunión, donde se inicia el camino necesario para el buen morir que es el arrepentimiento de los pecados cometidos. El sacerdote, en definitiva, ha despejado el camino del moribundo para la otra vida, en colaboración con todos los parientes y amigos que conducen su conciencia y pensamiento hacia Dios. Momento de oraciones, letanías, que permiten alejar a los espíritus nocivos.

32 *Ibidem*, p. 97.

33 C. Lecouteux, *Fantasmas y aparecidos en la Edad Media*, Barcelona, José J. de Olañeta, 1989, p. 39.

34 G. Chaucer, “El cuento del caballero”, en *Los cuentos de...*, p. 124.

Se ha cumplido el más elemental camino para que el enfermo sea perdonado: la confesión y el arrepentimiento. Por todo ello, el sacerdote, a través de esta actuación, ha hecho posible despejar el camino que el moribundo debe alcanzar en su destino final. Su confesión le ha liberado de castigos perpetuos y, en cierto modo, hará más suaves las penas que deba pagar.

La muerte no es un momento íntimo. El moribundo se halla rodeado de todos los parientes y amigos que conducen su conciencia y su pensamiento hacia Dios, en un intento de que luche con los espíritus malignos que pueden apoderarse de su cuerpo. Quizá todavía no se ha producido la perturbación total de la mente. Es el momento de las intensas oraciones, de las letanías, fórmulas que apartan a los espíritus nocivos del muerto.

La familia se enfrenta con la muerte y lava a su muerto, lo asea, le prepara para depositarlo en la tumba, en el lugar del descanso. Esta tarea corresponde a las mujeres. Ellas preparan al difunto para su destino final. Confesión, viático y extremaunción; requisitos y ceremonias que con toda seguridad han eliminado un peligro del muerto: la presencia de los malos espíritus³⁵.

En la hora de la muerte puede darse una manifestación tanto de buenos espíritus como de malos. La manifestación de los buenos se produce en la muerte de aquellas personas que se han alejado del mundo y que han llevado a cabo una vida ejemplar. Se nos han transmitido algunos ejemplos sobre esta presencia de los espíritus, como el de un seglar que, huyendo del mundo, se refugió en un convento al sentirse enfermo. En el mismo momento en que era ungido murió otro: "hallándose todos en sus exequias, dejando mientras tanto a los enfermos sin que nadie cuidara de ellos, este joven oyó cantar las exequias a los coros de los ángeles, llenándose de todo deleite con la suavidad de quienes cantaban de modo tan maravilloso"³⁶.

Lo más interesante es que algunos de los ángeles se hicieron presentes y hablaron con él acerca de si se sentía bien con ellos: "¿Te agrada venir con nosotros?". Naturalmente la respuesta es afirmativa y se pone de manifiesto que lo que más se desea es encontrarse con Cristo. Entonces, estos ángeles le vaticinan su muerte inmediata. Es indudable que el ejemplo tiene una lectura: afianzar la creencia en la vida eterna, que es lo que más preocupa. En otras ocasiones, la lucha por el alma se manifiesta con la aparición de los espíritus malignos, presentados en forma de buitres, que a veces van acompañados de hombres muy deformes y negros.

En realidad, todas estas colaboraciones y actuaciones parecen tener mucho que ver con el miedo a los muertos. Creo incluso que, más que a los muertos, se teme ese instante de gran trascendencia que se produce cuando los espíritus malignos pueden adueñarse del cuerpo del difunto. Esto hay que evitarlo porque, si ocurre, la familia está perdida y, sin duda, es seguro que algo malo les pasará. Todos los parientes más cercanos, amigos y vecinos serán el blanco de estos muertos dominados por los espíritus. Por eso, algunos piensan que es fundamental cerrar bien los ojos, la boca e incluso tapar las fosas nasales. De esta manera, los espíritus no podrán penetrar en el cuerpo y evitarán el mal de ojo³⁷. En este sentido cobra importancia otro aspecto: el de velar a los muertos.

35 C. Lecouteux, *Fantasmas...*, p. 65. El autor cita el caso de Guillermo Durand (1230-1296) que recomendaba el empleo, además del agua bendita, del incienso porque los perfumes ponían en fuga a los espíritus. Este pensamiento se puede relacionar con una forma similar para espantar a los elfos que, en definitiva, son también espíritus maléficos.

36 C. de Heisterbach, "Undécima Distinción: de los moribundos", en *Diálogo de...*, v. II, p. 878.

37 C. Lecouteux, *Fantasmas...*, pp. 46-47. El autor pone de manifiesto que cerrar los ojos del muerto está documentado siempre, aunque se haya perdido el sentido primitivo. Y también ocurre con el acto de taponar todos los orificios del cadáver. En nuestros días responde a unas medidas más higiénicas que a la presencia de los espíritus.

Velar al muerto es uno de los aspectos más importantes porque representa una idea crucial: evitar la soledad, permanecer con él antes de que se produzca su inhumación. Es una de las máximas uniones del vivo con el muerto, en la conciencia del que vive, estar junto al muerto supone no dejarle solo, hacerle compañía, se cree que el muerto siente el aislamiento y la soledad. Por eso, el velatorio forma parte no sólo de los rituales sino también de la máxima preocupación que es cuidar a los fallecidos. Si reflexionamos sobre este aspecto la importancia radica en la creencia total de la vinculación de los difuntos con respecto a los vivos, así como la idea de que el muerto siente y sufre, y por lo tanto, de alguna manera, vive.

No debemos olvidar que el muerto descansa obligado en su tumba, que es como una prisión o un recinto, por lo tanto hay que evitar que en esa “prisión” se sienta mal. Por eso se dejan pertenencias personales que son del agrado del muerto y, de esta manera, los vivos alcanzan una cierta tranquilidad, destierran el miedo de sus conciencias. Obligación de los vivos es buscar buenos lugares de enterramiento para que el fallecido se sienta contento y de esa forma creen liberarse de las malas acciones que les pudieran ocurrir si no obraban bien, pero sobre todo se pretende que el muerto no se sienta solo.

Me gustaría destacar que, con toda la cristianización de la sociedad, en las conciencias populares el muerto no llega a estar muerto del todo, porque una parte de él sigue manteniéndose durante un tiempo entre los vivos. Es el fantasma, el doble, que también reina en este mundo de los muertos como en los casos analizados anteriormente. El doble asusta.

Es verdad que en estos comportamientos y en otros muchos analizados nos movemos en el ámbito de las creencias populares, por las cuales los muertos siguen viviendo en ultratumba. En cierto modo se puede decir que estas creencias se refuerzan con las propias enseñanzas de la Iglesia³⁸.

Durante un amplio periodo de la Edad Media, las autoridades eclesiásticas se encargan de manifestar que la muerte no pone fin a las relaciones entre vivos y muertos; una vez que las personas morían, los vivos tenían que prestarles ayuda y estos, de alguna, manera intercedían por los vivos. Se marcaba una unión muy importante y unas relaciones entre los que se iban y los que se quedaban. Es cierto que esta idea de la comunicación de unos y otros era propia del mundo de las creencias paganas, pero en la cultura cristiana, a partir del siglo XI, Cluny la fija en la liturgia. El día dedicado a los muertos sería el dos de noviembre, una fiesta fijada por san Odilón. Una leyenda pone de manifiesto que se vio obligado a fijar esa fecha porque en una montaña cerca del volcán Etna se oía lamentarse a los diablos al serles arrebatadas las almas de aquellos por los que se rezaba³⁹.

Los vivos no deben olvidar a los muertos y una vez al año deben recordarles⁴⁰. Se fijará la fiesta de los muertos, la celebración en la que vivos celebrarán la fiesta de todos mediante una liturgia. Aunque a los difuntos no se les olvida, en esa gran festividad el recuerdo es más especial porque es cuando se materializa, se hace comunitariamente un homenaje

38 L. Gómez Nieto, *Ritos funerarios en el Madrid Medieval*, Madrid, Al-Mudayna, 1991, p. 69.

39 C. Lecouteux, *Fantasmas...*, p. 63. El autor expone cómo entre la época carolingia y el siglo XI los libros de vida y los rollos de muertos, además de otra serie de obras, dan fe de una evolución que se encuentra en línea directa con las ideas de san Agustín y Gregorio Magno: la muerte no pone fin a las relaciones entre vivos y difuntos. En el siglo XII, proliferan las narraciones de los aparecidos que obedecerían a los milagros característicos de los tiempos.

40 Hay que señalar que este recuerdo, este tener presente a los muertos arranca desde un momento y un espacio concretos que es el siglo X y el ámbito de los cluniacenses. La ayuda a los muertos es necesario para ayudarles a conquistar el perdón, y estos, en función de los servicios prestados, ayudarán, intercederán ante Dios por los vivos.

de los vivos a los muertos. Los primeros contribuyen así a finalizar las penitencias de los muertos por medio de las oraciones (lo más eficiente son las oraciones), constituyéndose mediante esta festividad concreta uno de los aspectos más claros de la unión entre el que vive y el que muere.

En el siglo X el rey Sancho muere envenenado. Su fallecimiento acontece lejos de León, adonde trata de llegar para morir en su medio, cerca de la familia. No llega. Su esposa le entierra en el monasterio de Castrelo donde rezará por él. Pero un día el rey se le aparece en una situación horrible, está atado con cadenas y sostenido por dos demonios, sólo pronunció un mensaje: “actúas bien, persevera”. Esto indicaba que la reina debía seguir rezando como así hacía durante cuarenta días, período de tiempo en el que su esposo se mostró ante ella libre de las cadenas y de los demonios; las oraciones habían surtido efecto⁴¹.

Esta unión y comunicación con los muertos a través de las oraciones sería insuficiente si no fuera porque los vivos son ayudados por los muertos, los cuales, en recompensa por los servicios que se les presta a través de las oraciones, son los mejores intermediarios, una vez liberados de sus condenas, ante el Juez Supremo.

En el siglo XII, Pedro el Comedor (1110-1179) pone de manifiesto que los nigromantes llaman a los muertos por medio de cantos y sacrificios. Si nos damos cuenta los objetivos de la nigromancia quedan muy claros: se trata de ejercer el poder sobre los aspectos más misteriosos del hombre y nadie duda de que dominar la mente es uno de ellos. Por tanto, entre los objetivos están los siguientes: ritos y numerosas actividades acompañan a esta ceremonia, donde el nigromante trata de que “el aparecido a la fuerza” le permita adivinar o averiguar los secretos del pasado, presente y futuro. Pero esta adivinación tiene que ver con la otra vida, que es lo que preocupa, y naturalmente el único que puede ofrecer noticias es el que ha muerto. La soledad y la vida eterna preocupan:

Tras el terror opaco de las lágrimas, no estoy solo.
Tras el profundo velo de mi sangre, no estoy solo.
Tras la primera música del día, no estoy solo.
Tras la postrera luz de las montañas, no estoy solo.
Tras el estéril gozo de las horas no estoy solo.
Tras el augurio helado del espejo, no estoy solo,
me acompaña en vela la pura eternidad y cuanto amo.
Vivimos juntos eternamente⁴².

4. CONCLUSIONES

Con respecto al amor, lo más interesante es encontrarnos con todos los estudios que a lo largo de los tiempos se han realizado sobre este tema y percibir cómo el amor que perdura, el verdadero amor, es aquél que nos hace amarnos a nosotros mismos y esto permite el amor al otro creándose una gran complicidad.

El miedo, al igual que hoy y prescindiendo de los aspectos imaginarios podemos sacar una conclusión que es doble. Por una parte crea miedo lo que nos acecha, lo que se sabe que puede ocurrir porque se han conocido otros momentos semejantes y no se sabe cómo actuar. Por otra parte los poderes religiosos y políticos crean el miedo más atroz, con sus actuaciones y castigos quitando la personalidad al individuo que deja de ser persona y sólo quiere estar a salvo aún destruyendo al que está cerca.

41 A. Guiance, *Discursos...*, p. 389.

42 *Réquiem dedicado a su padre*, obra compuesta por Enrique Muñoz [estrenada en Madrid 2014].

En cuanto a la muerte observamos que lo que preocupa es morir sin recibir los sacramentos, tener una dura agonía, morir repentinamente, pero la conclusión más clara que se aprecia es el miedo a que después de la muerte no exista nada, esto crea una gran perturbación en el ánimo.